



UNIVERSIDAD ANDINA  
SIMÓN BOLÍVAR  
Ecuador

# Paper Universitario

## TÍTULO

**RECICLADORAS: LA BASURA COMO BIEN COMÚN  
EXTRACTOS DEL LIBRO RECICLAJE SIN RECICLADORAS  
ES BASURA: EL RETORNO DE LAS BRUJAS**

## AUTORES

**María Fernanda Solíz,  
Melanie Valencia, Alía Yépez y Fernando Solíz C.**  
Fernanda Solíz es docente del Área de Salud,  
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

**Quito, 2019**

---

### **DERECHOS DE AUTOR:**

El presente documento es difundido por la **Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador**, a través de su **Boletín Informativo Spondylus**, y constituye un material de discusión académica.

La reproducción del documento, sea total o parcial, es permitida siempre y cuando se cite a la fuente y el nombre del autor o autores del documento, so pena de constituir violación a las normas de derechos de autor.

El propósito de su uso será para fines docentes o de investigación y puede ser justificado en el contexto de la obra.

Se prohíbe su utilización con fines comerciales.

# RecicladorAs: La basura como bien común

*Extractos del libro Reciclaje sin RecicladorAs es basura: El retorno de las brujas*

María Fernanda Solíz T., Melanie Valencia V., Alía Yépez F., Fernando Solíz C.

## 1. Resumen

La investigación *Reciclaje sin recicladorAs es basura*, es un trabajo colectivo que propone desde tres matrices disciplinares —la crítica de la economía política, la ecología política y los feminismos— un análisis histórico de los procesos de expulsión, sometimiento y criminalización del reciclaje en América Latina, así como también de los procesos de organización, gremialización, inclusión y exigibilidad de derechos, con énfasis en mujeres recicladoras.

En un segundo momento la investigación presenta un estudio cualitativo testimonial que recoge —mediante entrevistas a profundidad y etnografía— los conocimientos, sentimientos, vivencias y perspectivas de 42 mujeres recicladoras, lideresas de procesos de organización locales, nacionales y regionales. En este componente, además, se incorpora una narrativa fotográfica que constituye una extensión de los testimonios y que construye, desde la imagen, los enfoques en relación a derechos humanos, género e interculturalidad. Finalmente, la investigación esboza reflexiones, propuestas, retos y desafíos pendientes para la exigibilidad de los derechos de las mujeres recicladoras y sus gremios en América Latina.

## 2. Introducción

### Una historia de expulsión global contada desde abajo

Si eres neutral en situaciones de injusticia, has elegido  
el lado del opresor  
—Arzobispo Desmond Tutu, Sudáfrica 1990.

Hasta el año 1992, el Estado Sudafricano sostuvo un sistema de segregación racial conocido como apartheid. El término apartheid, que proviene del afrikaans “distanciamiento”, fue el nombre oficial de este sistema de segregación racial institucionalizado que existió a partir de 1948 y que, en 1973, fue declarado un crimen contra la humanidad por la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Jennifer Wenzel (2018), en su texto *We have been thrown away*, propone una importante analogía entre el apartheid sudafricano y una suerte de apartheid global en el que los expulsados-segregados, serían los y las recicladoras del mundo. Wenzel teje entonces una interesante conexión entre el régimen del apartheid que expulsó a la población negra fuera de las ciudades, y las categorías *basura humana o humanidad residual*, propuestas por Bauman, para referirse a la segregación global de los y las recicladoras.

Durante el apartheid sudafricano, las personas negras fueron expulsadas lo suficientemente lejos de las ciudades como para que los amos blancos no tengan que lidiar con el problema de sus personas y rostros, pero al mismo tiempo lo suficientemente cerca como para garantizar el acceso a la mano de obra de los trabajadores negros, sin la cual, la economía sudafricana blanca se hubiese paralizado (Wenzel, 2018).

Estas lógicas de segregación del territorio sudafricano ponen en evidencia una separación parcial y utilitaria, clasista y racista, que posibilita la apropiación de la fuerza

del trabajo al tiempo que externaliza y se distancia de los costos de su reproducción, excluyendo además la representación política. Marx (1974) hablaba del proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción como acumulación originaria del capital en tanto sería la base del modo capitalista de producción. Más adelante, David Harvey (2003) describiría a estos procesos como acumulación por desposesión explicitando que el capital se reproduce mediante: la expropiación de naturaleza (desterritorialización), el desplazamiento de los trabajadores, y su separación de los medios de producción.

Es en esta línea, que proponemos a los y las recicladoras del mundo como los expulsados globales, como esa fracción de humanidad residual que ha sido desechada y enviada a las periferias, expulsada de las ciudades, separada de los medios de producción y limitada en su ejercicio del derecho al trabajo. Bauman (2004), en *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*, describiría la categoría humanos residuales, como aquellas personas que fueron expulsadas de la globalización con la intensificación de políticas neoliberales y que han debido insertarse en la economía “informal”, muchos de ellos en la recuperación y reciclaje de residuos. Esta expulsión globalizada vendría entonces a convertirse en una suerte de apartheid global en tanto régimen institucionalizado de opresión y dominación sistemáticas de un grupo por sobre otro para mantener unas estructuras de privilegios.

Wenzel (2018) habla entonces de una venganza dialéctica en la que el retorno de los desechados en el trabajo, ocurre en forma de reciclaje. Este retorno bien puede resultar en nuevas formas de acumulación y despojo, pero también y como lo ha demostrado el gremio reciclador en América Latina, puede resultar en procesos emblemáticos de organización, resistencia y recuperación de los territorios segregados, del espacio público y de los medios de producción y subsistencia.

Es así que la reivindicación colectiva del movimiento reciclador *Reciclaje sin recicladores es basura*, posiciona desde el saber y las demandas populares, esta suerte de venganza dialéctica o praxis por la justicia social, ecológica y de género; por el retorno de los expulsados y su exigencia de reconocimiento formal y real, material y simbólico. Se trata de una frase con una importante carga discursiva en tanto demanda desde un grupo históricamente excluido, segregado y desplazado, los derechos al reconocimiento de la legalidad y legitimidad de su oficio, de su presencia en las ciudades, del acceso cierto y seguro al material de reciclaje como valor de uso no privatizable y de propiedad comunitaria del gremio reciclador, de su derecho a ejercer el oficio con la garantía de condiciones materiales dignificantes que lo posibiliten en forma y realidad.

A todo esto se suma que la gran mayoría de las recicladoras en el mundo son mujeres. Mujeres empobrecidas, indígenas o afrodescendientes que hoy se organizan para demandar la restitución de sus derechos vulnerados y revertir las lógicas históricas de opresión y violencias múltiples: sexual, intrafamiliar, laboral, social, política y económica.

Mujeres que sufren la triple carga (Breilh, 1991), la de clase social, la de género y la de etnia, además de otras diversidades que agudizan su vulnerabilidad como son: las orientaciones sexo-género diversas, la edad, las capacidades especiales, etc. Mujeres que, por un lado, enfrentan el peso del trabajo reproductivo de la procreación, la crianza y el trabajo doméstico no remunerado; y por otro lado el de la producción social precarizada.

La producción social en la que ellas están insertas, no es la de un trabajo asalariado formal, regularizado y reconocido por los Estados, sino que por el contrario ha sido considerado como parte de las economías informales y por ende se realiza en condiciones de explotación y exclusión. El dinero que las recicladoras obtienen por la venta de los

residuos recuperados ni siquiera es suficiente para reponer la parte necesaria de la jornada laboral que equivaldría a un salario básico.

Podríamos decir que en el reciclaje de base las dimensiones de producción y reproducción social están entrelazadas, en tanto las recicladoras limpian el espacio de lo público (reproducción) y posibilitan la provisión de materia prima para la industria (producción), garantizando con ello la producción y reproducción social no solo de sus familias sino de todo el sistema económico. Pese a ello, en la mayoría de países del mundo, una vez más, al igual que en el trabajo doméstico, los Estados no remuneran siquiera el trabajo productivo menos aún el trabajo reproductivo de las recicladoras de base.

En este sentido, es fundamental reivindicar la dimensión comunitaria de los y las recicladoras de base organizadas y no organizadas. Considerar a los recicladores y recicladoras actores privados sería un error desastroso que atentaría contra los principios de justicia social, ecológica y de género que como grupo social excluido demandan. En la misma línea de las demandas globales por la no mercantilización de la salud, el agua y la naturaleza; las recicladoras del mundo nos recuerdan que la basura no es mercancía y que ellos y ellas son actores comunitarios no privados.

A diferencia de la empresa privada, los consorcios de limpieza y las falsas soluciones de desarrollo limpio que ponen el valor de cambio de la basura por encima de su valor de uso buscando únicamente la obtención de la mayor cantidad de plusvalor posible, los y las recicladores viven inicialmente de los vertederos en un proceso de reapropiación del territorio y de objetos predeterminados como basura. Su aprovechamiento se centra sobre todo en el valor de uso (recuperan materiales para vestir, construir sus viviendas, sus medios de transporte, alimentos para consumir, etc.) y solo después se benefician del valor de cambio en una suerte de economías de subsistencia que no buscan la acumulación de plusvalor a costa de tecnologías perniciosas. Finalmente debemos decir al igual que los alimentos posibilitan los metabolismos humanos y con ello la reproducción de la vida, el reciclaje, en tanto prioriza el valor de uso de la basura, agencia la reparación de los metabolismos urbanos industriales, favoreciendo procesos circulares y con ello la reproducción material y social de la vida humana y no humana.

Así en América Latina y El Caribe la basura es un valor de uso vital para alrededor de cuatro millones de familias recicladoras (Iniciativa Regional para el Reciclaje Inclusivo 2013) que han encontrado en el reciclaje de base, la posibilidad de revertir las tres dimensiones de la acumulación por desposesión propuestas por Harvey (2003). Con el trabajo de reciclaje de base, las recicladoras del mundo recuperan el espacio social público que históricamente les ha sido expropiado, recuperan su oficio como trabajadoras autónomas de economías pequeño productivas y recuperan la basura como valor de uso y valor de cambio colectivo, que junto con medios de producción disputados en un histórico de luchas (zorros<sup>1</sup>, zorras, triciclos, centros de acopio, básculas de pesaje,

---

<sup>1</sup> Las zorras de caballo y los zorros, son medios de transporte y medios de producción contruidos por los y las recicladoras en Colombia para cargar y trasladar sus materiales desde las calles hacia los centros de acopio y comercialización. Las zorras y los zorros han sido fundamentales y determinantes en el trabajo de los y las recicladoras, son la base material esencial que lo posibilita, sin zorros no hay reciclaje posible, de ahí su carga simbólica: el logo de la Red Latinoamericana de Recicladores tiene un zorro. La diferencia entre una zorra de caballo y un zorro, como su nombre lo dice, radica en que la zorra de caballo es una carreta de tracción animal mientras que los zorros son carretas pensadas para ser haladas por los y las recicladoras. En Bogotá, durante la alcaldía de Gustavo Petro, se dio una transición que eliminó gradualmente las zorras de caballo, en algunos casos cambiándolas por vehículos motorizados y en otros casos los y las recicladoras se quedaron únicamente con zorros. Aún hoy en día, la gran mayoría de los y las recicladoras trabajando a pie de vereda, utilizan zorros para transportar los materiales recuperados.

compactadoras, trituradoras), les han permitido recuperar su condición de sujetos políticos, con plena participación y representación política y económica. (Ver cita)

## **Enfoque y preguntas**

Existen, desde una perspectiva biomédica y clásica, numerosos estudios y literatura centrada en los procesos de salud de los y las recicladoras y sus familias; así también, existe abundante literatura alrededor de los procesos de organización e inclusión de recicladores y recicladoras (Bonfanti 2004, Silva et al. 2002, Rego 2002, Ferreira y Anjos 2001). Sin embargo, en la mayoría de los casos, los y las recicladoras han sido concebidas como objetos de estudio. Son pocas las publicaciones trabajadas desde las recicladoras, con las recicladoras y para las recicladoras que desarrollen además, una aproximación mucho más cercana, cualitativa, colaborativa en la que su relato sea el que organice los procesos de reflexión en torno a categorías importantes como: exclusión, pobreza, género, etnia, la transgeneracionalidad del oficio del reciclaje, la dignificación del oficio del reciclaje, el derecho al oficio, el derecho al oficio remunerado, el derecho a la salud, el derecho a la vida digna, el derecho a la acción y representación política, entre otros.

Así, en oposición a enfoques que han considerado a las personas recicladoras como un recurso más dentro del ciclo de los residuos sólidos al servicio de los sistemas municipales que generosamente “permiten o certifican su actividad”, sin considerarlos sujetos de derechos, ni incorporar principios de justicia ecológica y social; nuestra investigación es parte de un proceso de trabajo colectivo y mancomunado con redes de recicladores en Ecuador, Colombia y América Latina que pretende sistematizar los aprendizajes, los caminos y las experiencias favoreciendo un cambio de imaginario social sobre el rol de las mujeres recicladoras en el mundo e impulsando marcos normativos que reconozcan sus derechos y condiciones institucionales y materiales que les permitan ejercerlos.

Tres generaciones de personas, sobre todo mujeres y sus familias en condición de pobreza y exclusión social y económica, han encontrado en el reciclaje de residuos sólidos una actividad para su sustento diario en Ecuador y Colombia, así como en la mayoría de países del sur geopolítico. Las condiciones precarias de subsistencia, al inicio en botaderos de basura a cielo abierto y posteriormente en rellenos sanitarios, así como en la ciudad (denominado actualmente como reciclaje a pie de vereda) han sido su denominador común. La invisibilización, objetivación, discriminación y el abandono estatal han permeado la vida de miles de mujeres recicladoras quienes por sobre los históricos procesos de segregación y exclusión se han organizado como sujetos políticos para enfrentar a los Estados y a la empresa privada nacional y multinacional que lucran de su trabajo o que compiten por los residuos.

Ha sido una historia de luchas contracorriente, de enfrentar a poderosos grupos económicos, una historia en la que la capacidad de resistencia, resiliencia y re existencia de las mujeres recicladoras lideresas en América Latina merece ser sistematizada, reflexionada y publicada como un elemento fundamental para la exigibilidad estratégica de sus derechos laborales, a la seguridad social, a la salud y a la vida digna.

---

Muchos de los zorros de varias recicladoras con quienes trabajamos en este libro, tienen una historia y están cargadas de simbología: debajo de la carreta se ubican zapatitos de bebés encontrados para la buena suerte, una pequeña figura del Niño Jesús para la protección, un cuchillo para el trabajo, plásticos para proteger el material en caso de lluvia y cobijas para pasar la noche cuando el recorrido es tan extenso que no les permite, en un mismo día, retornar al sector de la ciudad en el que viven o entregan el material.

Bajo este enfoque, las preguntas de investigación que orientan este trabajo son:

- ¿Cómo han vivido, mujeres lideresas recicladoras de Ecuador y Colombia, las condiciones de opresión e inequidades de clase, género, etnia, al ser tercera o cuarta generación de recicladoras de base?
- ¿Cuáles son las condiciones que mujeres lideresas recicladoras de Ecuador y Colombia consideran que han determinado sus expresiones de resistencia, resiliencia, organización y lucha para la dignificación del oficio del reciclaje, el derecho al oficio, el derecho al oficio remunerado, el derecho a la salud, el derecho a la vida digna?

### **Los desafíos ético-metodológicos: Investigación Acción Participativa**

El presente estudio, forma parte de los procesos de acompañamiento e investigación acción participativa con recicladores y recicladoras organizadas y no organizadas y sus familias en Ecuador y Colombia. Se trata de un esfuerzo coordinado con organizaciones de recicladores y recicladoras locales, nacionales y regionales. El diseño, objetivos, estrategias, funciones y usos proyectados de esta investigación fueron definidos con los distintos sujetos participantes: mujeres recicladoras, dirigentes, y las organizaciones de recicladores locales y nacionales. El estudio tiene dos componentes:

#### *Primer componente: Estudio cualitativo testimonial*

Para este componente optamos por una metodología cualitativa, reconociendo el conocimiento, las perspectivas y percepciones de 42 mujeres recicladoras, lideresas de procesos de organización con los y las recicladoras de base. Trabajamos con entrevistas a profundidad y etnografía, las investigadoras acompañamos el trabajo de las compañeras recicladoras durante los ocho meses de duración de la fase de campo de este estudio (la conformación del universo y muestra de estudio se detalla debajo).

El relato fue grabado, transcrito textualmente, sistematizado y validado con cada una de las recicladoras participantes y su organización de base. A partir de la sistematización de los relatos se construyó, en diálogo con las categorías teóricas, un texto que incorporó en el análisis de las categorías propuestas, los testimonios y reflexiones de las compañeras recicladoras.

#### *Segundo componente: Narrativa fotográfica*

La posibilidad de incorporar una cámara a un proceso de investigación social, se desprende de la construcción primera de proximidad, confianza, acuerdos y consentimientos por parte de participantes y de quienes están a cargo de la investigación. La fotografía se realizó a partir de al menos dos y tres encuentros previos con las recicladoras, sus familias y asociaciones, y solo una vez que ya habían sido realizados los registros testimoniales que permitieron identificar, describir y tener detalles de los espacios por los que transitan mujeres recicladoras.

Los fotoreportajes se constituyeron como una extensión de los testimonios, se cuidaron por lo tanto los enfoques en imagen en relación a derechos humanos, género e interculturalidad. En muchos de los casos las narrativas fotográficas incluyeron además a personas que eran parte importante de la vida y la historia organizativa y gremial de cada mujer recicladora.

### **3. Enfoque teórico- político**

#### **La basura no es mercancía**

## *Las recicladoras de base como sujetos político comunitarios*

Partiendo de la comprensión del trabajo como proceso transhistórico debemos diferenciarlo de la configuración histórica del trabajo en el capitalismo. En el capitalismo, el trabajo solo existe cuando el capitalista consume productivamente la mercancía fuerza de trabajo que ha comprado y a su vez, este consumo productivo permite al capitalista explotar plusvalor a la clase obrera. Al hacer que el obrero trabaje, el capitalista consume el valor de uso de la fuerza de trabajo y este consumo deviene en la producción de un nuevo objeto que contiene más valor que el que contiene la fuerza de trabajo que lo produce.

Por ello, la mercancía fuerza de trabajo es una mercancía diferente a las mercancías simples que contienen valor y valor de uso, que son producidas por el trabajo y cuyo valor se manifiesta en valor de cambio. La mercancía fuerza de trabajo es la única capaz de crear valor, y aún más valor que el que ella misma contiene, ya que una parte de este valor repone el valor de la fuerza de trabajo, es decir el capital variable, y otra parte, genera plusvalor. Además, al trabajar, el obrero no sólo produce un valor de uso y un valor que incorpora a ese producto, sino que también transfiere al mismo, el valor de los medios de producción que consume durante el proceso de producción.

La acumulación de capital es entonces posible esencialmente por la apropiación de la naturaleza y la explotación del obrero a través de la expropiación de una parte de su fuerza de trabajo y su separación de los medios de producción. En este contexto, la defensa del trabajo público y de las formas pequeño productivas de emprendimientos familiares, comunitarios y gremiales constituye una disputa esencial en la utopía por un cambio de modelo.

Una de estas formas de trabajo en resistencia a la explotación capitalista es el oficio del reciclaje. El trabajo de los y las recicladoras de base opera de forma particular. En primer lugar, porque ellos y ellas, constituyen un grupo históricamente excluido que a través del oficio del reciclaje revierten las lógicas de segregación, expulsión, desterritorialización y despojo de los medios de producción.

En segundo lugar, porque en el caso del oficio del reciclaje, la explotación capitalista se esconde en la democratización de la distribución de basura que invisibiliza a los verdaderos responsables de su generación, a quienes los y las recicladoras subvencionan los costos de recolección, recuperación y clasificación de residuos. Los y las recicladoras del mundo resultan ser empleados ad honorem de miles de empresas nacionales y multinacionales que comercializan mercancías diversas, pero olvidan su responsabilidad sobre el residuo resultante y externalizan los impactos a los Estados y las sociedades. Los costos de recuperación de residuos producidos por los sectores empresariales e industriales son externalizados a millones de recicladores en el mundo cuya fuerza de trabajo no es reconocida ni remunerada.

En tercer lugar, porque los y las recicladoras recuperan una mercancía desechada del sistema económico y es su trabajo el que la dota nuevamente de valor de uso como materia prima que puede reingresar al circuito de la economía de materiales y de valor de cambio en tanto se convierte nuevamente en un bien comercializable. Es este trabajo de limpieza, recolección, recuperación y clasificación de mercancías desechadas en el espacio público que devuelve a las mercancías desechadas su valor de uso. A pesar de ello, en la mayoría de ciudades de mundo sigue siendo un trabajo no remunerado por los responsables de la generación y distribución de la basura.

Si bien los y las recicladoras, al entregar los residuos recuperados a empresas privadas para su reincorporación en el sistema de economía de materiales, reciben un pago por el peso de los materiales recuperados, este dinero ni siquiera permite a los y las

recicladoras reponer el equivalente a un salario básico (parte necesaria de la jornada laboral). En Ecuador los y las recicladoras de base reciben en promedio una tercera parte del salario básico por la venta mensual de los materiales recuperados (Soliz, 2017).

En el oficio del reciclaje se vive entonces una suerte de doble explotación: por un lado, el valor de cambio entregado a los y las recicladoras por la materia prima recuperada no considera, en lo absoluto, la restitución de su fuerza de trabajo sino que los precariza y explota pagándoles precios risorios por los materiales recuperados; y, por otro lado, el trabajo que los y las recicladoras realizan para la limpieza de la basura generada por la industria y la empresa nacional y multinacional tampoco es reconocido. En ambos casos, el rol del Estado para la regulación, mediación y exigencia del reconocimiento material tanto del trabajo de limpieza (trabajo reproductivo) como del trabajo de provisión de materia prima (trabajo productivo), es determinante.

La basura es entonces una pieza clave en la posibilidad de revertir los procesos históricos de expulsión de grupos minoritarios precarizados a quienes se los desplazó, se les prohibió y restringió su inserción laboral por considerarla informal e ilegal y se los separó de los medios de producción.

El lema *Reciclaje sin RecicladorAs es basura*, es quizás el mejor resumen de esta exposición. La privatización del reciclaje con la consecuente expulsión de millones de recicladores y recicladoras, es basura. La mercantilización de la basura es una aberración que deviene en el sometimiento de su valor de cambio por sobre su valor de uso lo que se expresa en una suerte de fetiche por las tecnologías de enterramiento e incineración masivas de materia prima (que bien podría ser recuperada y reinsertada en el sistema económico).

Si la basura se considera mercancía privatizable, se legitimaría la utilización de tecnologías antiecológicas, antieconómicas (desde una perspectiva de economía ecológica crítica) y peligrosas para la salud humana y ecosistémica, otorgándole al sector industrial-empresarial (que recibe un pago por tonelada recolectada, enterrada y o incinerada), el poder de lucrar a través de la privatización de la basura. En esta fórmula, los recicladores del mundo no tienen cabida, así como no tienen cabida las propuestas de reparar los metabolismos sociedad-naturaleza mediante un cambio radical de modelo, el cese de los extractivismos, el rechazo a las tecnologías perniciosas, el boicot al sobreconsumo, la reducción, regulación, prohibición de materiales no reciclables, el compostaje y el reciclaje de base.

### **La basura como commons (bien común)**

La naturaleza no tiene un relleno sanitario. En el libro *Cradle to cradle* (De cuna a cuna) McDonough y Braungart resaltan la necesidad de la recirculación de material para que sea reaprovechado en ciclos orgánicos y tecnológicos con la fórmula inspirada en la naturaleza *basura=comida* (McDonough, W.; Braungart, 2002). Para muchos de los y las recicladoras, la basura reemplaza a la naturaleza como proveedor de energía endosomática (alimento) y exosomática (bienes tecnológicos de uso). Muchos recicladores a nivel mundial son primero recuperadores, desde comida a ropa y juguetes; ellos revalorizan estos objetos marcados como basura para darles una nueva vida.

Los botaderos son “zonas de sacrificio”, un término derivado por Lerner desde los espacios sacrificados por la investigación nuclear que denotan los espacios de injusticia socioambiental por su distribución inequitativa de espacios contaminados (Lerner, 2010). Este nuevo espacio social el basural o botadero, generalmente abierto, pero de propiedad municipal, se convierte en un nuevo bien comunal en el que las comunidades aledañas



empiezan a sustentarse. Zapata y Zapata Campos aluden a la transformación de la basura a un bien común al momento en que los moradores se apropian de ella, para ello proponen el ejemplo de recicladores en La Chureca, Nicaragua (Zapata & Zapata Campos, 2015). Como resaltó Ostrom (1990) inicialmente y verificaron Zapata y Zapata Campos, una comunidad de más de 2000 recicladores mantuvo un sistema de acuerdos para que todos tomen lo que necesitaban y se vean beneficiados por esta revalorización (monetaria y no monetaria) de la basura. Estos acuerdos terminaron cuando el municipio cerró el vertedero, construyó un relleno sanitario y una planta de reciclaje que solo integró a 500 recicladores. El espacio común transformado por La Chureca para uso de bienes comunes se municipalizó y, al hacerlo, cambió la comunidad que tenía autosuficiencia en sus acuerdos sociales para aprovechar residuos a un sistema solo accesible mediante permisos legales (Zapata & Zapata Campos, 2015).

Harvey justamente propone esta relación de la transformación de un espacio público a un bien común construyendo la analogía de los parques como Tahir Square, espacio de protesta en el que la acción social colectiva los convierte en un bien común (Harvey, 2012). El adecuado funcionamiento de los bienes comunes fue cuestionado por Garret Hardin en *La tragedia de los comunes*, publicado en 1968. El argumento de Hardin era que el acceso abierto a estos bienes comunales terminaría por acabar con los recursos ya que cualquiera de los usuarios podría acaparar su uso. Esta afirmación reforzó el proceso de privatización que acompañó a las medidas neoliberales de la siguiente década. Los procesos de urbanización desde entonces han permitido condiciones que generan nuevos espacios comunes para que grupos de poder los privaticen (Harvey, 2012).

Sin embargo, Elinor Ostrom, politóloga de la Universidad de Indiana, dedicó décadas a estudiar el funcionamiento de los bienes comunes para dilucidar que su éxito depende de los acuerdos comunitarios y comunicación abierta y continua. Muchos han sido exitosos por siglos, como en el pastoreo en los Alpes suizos, los bosques comunitarios en Nepal, las acequias en Nuevo México. Este trabajo le propició a Ostrom el Premio Nobel de Economía en 2009. A su vez, Martínez Alier argumenta que Hardin cometió el error de confundir los espacios de acceso abierto con los espacios comunales donde sí existen regulaciones comunitarias proveyendo solo otras dos alternativas: propiedad privada y propiedad estatal (Martínez Alier, 2014).

Los y las recicladoras se apropian o, más bien, reapropian o reterritorializan esta propiedad estatal, como medida de reversión de los procesos históricos de segregación social y ecológica que los han expulsado de los campos en dinámicas de desplazamiento interno. Este espacio estatal que aparenta ser espacio abierto es transformado en un bien común del que se obtienen inicialmente recursos para la autosuficiencia (valor de uso) de los recicladores y sus familias y gradualmente permite también vender el material reciclable, de manera que los y las recicladores obtienen un valor de cambio (mínimo, en la mayoría de casos ni siquiera llega a la mitad de un salario básico).

Este valor de cambio solo se revela a quienes conocen del valor sociomaterial de los recursos (Hultman & Corvellec, 2012); para muchos recicladores es inicialmente sorprendente el que alguien pague por ese material y, al conocer el territorio y los residuos, son ellos quienes mejor pueden hurgar y encontrar lo que se redime como “valioso” en el mercado externo. Los y las recicladoras son quienes están en el frente de la batalla contra el excedente de residuos que genera el sobreconsumo del capitalismo, tanto de los residuos inorgánicos que son los que en su mayoría se comercializan, como de los residuos orgánicos que se utilizan para alimentar animales de crianza, incluyendo cerdos, vacas y pollos, que posteriormente son vendidos, sobre todo cuando las familias recicladoras enfrentan gastos extraordinarios no previstos.

Los y las recicladoras son los facilitadores primordiales para evitar los impactos negativos de los residuos en el ambiente. A pesar de pensar que los rellenos sanitarios son una solución de contención, los materiales siguen teniendo ciclos, muchos que son casi imperceptibles para la mayoría, por ejemplo, la presencia de microplásticos en los alimentos. Este material, como muchos, es la evidencia de las leyes informales de la ecología planteadas por Barry Commoner. Éstas son 1) todo está relacionado con todo lo demás, 2) todas las cosas van a parar a algún sitio, 3) la naturaleza sabe más y 4) nada procede de la nada (Commoner, 1973).

En este contexto es importante diferenciar de qué manera los distintos tipos de ecologías (conservacionista, ecoeficientista y ecología política) entienden y estudian a la basura (Alimonda, 2007). La ecología conservacionista se enfoca en la promoción y gestión de áreas prístinas para el mantenimiento de la biodiversidad, evitando la presencia humana. Sin embargo, como hemos resaltado en el acápite de geografías sociometabólicas, tales espacios no representan a la gran mayoría del mundo en el antropoceno. Desde este enfoque, la aproximación al problema de la basura, se limita a iniciativas de reciclaje que al tiempo que aceptan como “mal necesario” las zonas de sacrificio, exigen zonas de conservación delimitadas (reservas naturales libres de plásticos y personas). Este ecologismo es servil y cómplice del modelo del desarrollo, no lo cuestiona, solo intenta crear “oasis”.

Por otro lado, la ecología ecoeficientista, representa la optimización del uso de recursos. En este caso, el énfasis en el reciclaje parte desde una visión ecomodernista porque evita la verdadera discusión alrededor de reducir el consumo o alcanzar la desmaterialización. El optimismo de la desvinculación del uso de los recursos naturales del crecimiento económico es reformista pero no revolucionario. A pesar de los millones de recicladores a nivel mundial, representando entre 0.6 y 2% de la población urbana (Linzner & Lange, 2013), combinado con los sistemas de reciclaje formal, apenas llegamos al 9% de reciclaje de plásticos globalmente (Geyer, Jambeck, & Law, 2017).

Finalmente encontramos a la ecología política, una indisciplina que nace desde abajo, desde los movimientos sociales y las comunidades “sacrificadas”. La ecología política toma las categorías: “dialéctica de la naturaleza” (la naturaleza define a la sociedad y, recíprocamente, la sociedad transforma a la naturaleza) y “metabolismo social” como base de la determinación de los procesos históricos de conflictividad social y las relaciones de poder que las configuran. Es así que, los procesos de conflictividad social estructural alrededor de la basura ponen en evidencia la insustentabilidad de este modelo lineal, depredador de la naturaleza y explotador de los empobrecidos. Desde la ecología política y los ecologismos populares planteamos (1) El rechazo al modelo de maldesarrollo y la exigencia de un cambio radical hacia procesos de metabolismos comunitarios, circulares y limitados (2) El rechazo a la mercantilización de la basura y en su lugar su reivindicación como *bien común*, (3) El derecho a la reparación integral que tienen las comunidades que amortiguan los impactos sociales, ecológicos y de salud producidos por la imposición de sistemas de disposición final de residuos en sus territorios y (4) La legitimidad de las demandas que las recicladoras de base, en tanto ecologistas populares, exigen a los Estados.

Cada vez más en América Latina y el sur geopolítico, ha cobrado fuerza la ecología mercenaria y con ella, los espacios comunes de los basurales empiezan a cerrarse para los recicladores y recicladoras con el advenimiento de los rellenos sanitarios e incineradores. En esta transición, muchos recicladores han sido desterrados de lugares que, histórica y generacionalmente, han sido sus hogares. Pero además los y las recicladoras han sido violentados, excluidos y criminalizados. Con el escudo de protección ambiental, el fetichismo del enterramiento con compactación y recuperación

de gases de efecto invernadero (GEI) ha provocado una reducción en la cantidad de material recuperado para reciclaje al evitar su disponibilidad para recicladores y recicladoras. Este cercamiento del bien común del basural, así como de otros bienes comunes en favor de la privatización, alimentan a la acumulación originaria del capitalismo (Federici, 2010; Linebaugh, 2008) que transforma a la basura en mercancía al cobrar por tonelada enterrada.

Varios municipios, al darse cuenta de que sus diseños de rellenos sanitarios no pueden abarcar la cantidad de residuos que llegan a diario, despiertan a que su cálculo no tomaba en cuenta la recuperación de los y las recicladoras. Al no poder apadrinar el reciclaje en los rellenos sanitarios por las condiciones “antihigiénicas” y el peligro de la maquinaria funcionando en esos espacios, después de un arduo trabajo de asociaciones de recicladores, activistas, movimientos sociales, académicos y otros, algunos municipios empiezan a reconocer el trabajo de los y las recicladoras (Aparcana, 2017), a pesar de que en su mayoría el apoyo aún sea solamente discursivo.

Muchos recicladores a nivel mundial aún están luchando porque se les permita trabajar. El movimiento reciclador pide que las 3Rs de reducción, reúso y reciclaje se adecuen a las 3Rs para la dignidad de los y las recicladoras; reconocimiento, recolección diferenciada (condiciones materiales que les permitan continuar con esta labor) y remuneración (EIU, 2016).

## **El cuerpo de las mujeres como zona de sacrificio**

### ***Una mirada desde el feminismo y ecofeminismo al capitalismo***

No se puede comprender al capitalismo solamente desde la producción del trabajo asalariado, como generalmente se ha criticado a la teoría Marxista. Para entender las fuerzas económicas y los procesos de subsunción formal y real del trabajo, del consumo y de la basura al capital, debemos comprender también cómo se configura el trabajo de la mujer en este nuevo contexto.

Comencemos por el feudalismo, tomando como base, el trabajo de Federici en *El Calibán y la bruja*. A pesar de las condiciones de no tenencia de la tierra, la vida campesina se basaba primordialmente en el valor de uso en función de la vida, haciendo de la división sexual del trabajo menos determinante. No se valoraba la producción de bienes por sobre la reproducción de la fuerza de trabajo, ya que ambos contribuían al bienestar de la comunidad. El trabajo que las mujeres realizaban en el feudo, constituido por actividades domésticas como cocinar, mantener el huerto, cuidar de los niños, era realizado de forma cooperativa, acompañado de otras mujeres. Este cooperativismo de las mujeres también resultaba en un sistema de protección y solidaridad. Era este poder femenino lo que les permitía tener una posición frente a los hombres en una época en que la iglesia promovía el sometimiento de la mujer y la ley canónica santificaba que el marido golpeará a su esposa (Federici, 2010).

En el renacimiento prepondera la división del trabajo con la analogía de la mujer con la naturaleza por su capacidad de reproducción de la vida y del hombre con la cultura que debe aspirar a la razón por sobre los sentidos. De esta forma son excluidas las mujeres del arte (como sujetos), aunque son constantemente representadas como objetos. Con esto, la revolución científica y el inicio de la extracción minera intensifican la imposición del hombre sobre la naturaleza y, por extensión, sobre la mujer.

La lectura marxista de la historia del capitalismo que propone Federici adiciona la experiencia de la mujer y el rol predeterminante de ella en la reproducción social. Federici resalta el nuevo orden patriarcal en el que la mujer es subordinada por el hombre y su cuerpo se transforma en una máquina para la producción de nuevos trabajadores. De

esta forma se superpone el trabajo asalariado del hombre por sobre el trabajo de la reproducción social sin remuneración de la mujer. Vogel (1983) desarrolla con mayor profundidad la forma que toma el rol de la mujer en la reproducción social por los siguientes mecanismos:

1. Reproducción natural, por medio del embarazo y parto de nuevos trabajadores
2. Cuidados para la manutención de los trabajadores desde la preparación de alimentos hasta apoyo psicológico y emocional
3. El cuidado de los no trabajadores, desde niños, personas de tercera edad y otros que se encuentren fuera de los procesos productivos.

En la misma línea, Harvey afirma que el cambio de las condiciones socioespaciales, que implican las transformaciones ecológicas, requiere un sistema de reproducción social para mantenerse. Es decir que, además de la subsunción formal determinada por la división de trabajo (en la que las mujeres han sido delegadas a la reproducción social), existe también una subsunción real del trabajo en el capital que hace que las mujeres vivan con el estereotipo socialmente reafirmado de que es su rol el quedarse en casa sin reconocimiento o remuneración y es esto, lo que posibilita la acumulación de capital.

Desde esta posición marxista, el trabajo de Federici representa al primer acápite de Vogel en el que el capitalismo se apropia del cuerpo de la mujer para garantizar la reproducción de los trabajadores y la acumulación del trabajo. Sin embargo, las mujeres, en la transición del feudo al capitalismo mantuvieron relaciones solidarias en las que compartían también métodos anticonceptivos que les permitían regular la periodicidad de sus embarazos. A partir de ello, el Estado se apropia de su cuerpo llamando a todas aquellas que mantenían estas prácticas de control reproductivo, a todas las que defendían a otras mujeres, *brujas*.

La cacería de brujas entre los siglos XVI y XVII representa el hito de la lucha de las mujeres sobre su cuerpo y frente al sometimiento del Estado y de los hombres sobre él. Estas condiciones también las posicionan en una categoría subciudadana en las que no tienen voz, voto, ni capacidad de adquisición por lo que son excluidas de la acumulación originaria que es completamente masculina. Esta situación refleja, además, la relevancia del segundo acápite de Vogel en el que, las mujeres, deben encargarse del bienestar de sus esposos y somete a la mujer a aspirar a un esposo que le pueda suplir de las condiciones materiales de subsistencia para que ella pueda encargarse de administrarlas y reproducirlas.

Un análisis ilustrativo de la subsunción del trabajo productivo sobre el de la reproducción social, se profundiza en el texto *Who cooked Adam Smith's dinner* (¿Quién cocinó la cena de Adam Smith?) de Katrine Marçal. El valor de cambio y el interés egoísta que caracterizaban el poder del mercado al que Adam Smith se refería en *La riqueza de las naciones*, se olvidaba de la bondad de su madre, Margaret Douglas. Adam Smith nunca se casó y vivió con su madre mientras escribía esta obra; de ella podía esperar todos los cuidados y alimentos para sostenerse. Sin embargo, no la tomó en cuenta dentro de su teoría económica.

Mal llamada la “segunda economía” o la economía de los cuidados o del amor, ésta es la economía principal, de la subsistencia y la justicia social que representan al tercer acápite al que se refería Vogel. El trabajo de Marilyn Waring por entender la economía del trabajo del hogar no remunerado en su libro *Si las mujeres contaran* (Waring, 1990) y popularizado en el largometraje *¿Quién está contando?* llevó al reconocimiento de alternativas para reevaluar el PIB, añadiendo el aporte de las mujeres

y la economía de cuidados no remunerados en la economía mundial, ahora ya apropiado por países como Bhutan y Nueva Zelanda, donde se mide la felicidad interna bruta enfocándose en índices de bienestar (Samuel, 2019).

Las estimaciones muestran que, si el trabajo no remunerado se incluiría en el PIB, éste podría representar entre el 10 y 35% del total (Budlender & UNRISD, 2008). En muchos casos, este aporte es mayor que la misma economía de cada ciudad, como en la ciudad suiza de Basel, en que los cuidados no remunerados superan a todos los salarios pagados en escuelas y hospitales (Razavi, 2007).

Diane Elson propone nuevas “3Rs” del movimiento feminista en la economía de los cuidados: reconocer, reducir y redistribuir (Elson, 2017). Esto implica (1) *Reconocer* y medir cualitativa y cuantitativamente el trabajo de cuidados no pagado e incluirlos en métricas nacionales e internacionales, (2) Crear sistemas públicos que faciliten este trabajo para *reducirlo* y permitir a las mujeres liberar este tiempo y (3) *Redistribuirlo*, adoptando sistemas de solidaridad (de hombres y mujeres en la sociedad) en que prime la subsistencia regenerativa en armonía con la naturaleza y la vida.

Sin embargo, este reconocimiento del trabajo doméstico había estado ausente por siglos. Mientras las *bruja*s luchaban por su cuerpo en Europa y las cacerías se expandían a todas las colonias alrededor del mundo, la invención del núcleo familiar por sobre la comunidad rompe el tejido social y solidario de las mujeres que ahora están bajo el yugo del hombre por su dependencia económica. Esta situación, mientras se esparce alrededor del mundo en el siglo XIX, también lleva al empobrecimiento económico de la mujer. La lucha feminista durante el neoliberalismo desarrolló el concepto de la “feminización de la pobreza” que llevó a mayor inversión en programas para actividades económicas de la mujer (Chant, 2008).

Vandana Shiva, desde la teoría ecofeminista, destaca que la feminidad y la ecología deben estar aliadas. También deben estarlo la feminidad y la etnia que permiten que la endogenidad sobreviva a la homogenización a la que empuja la modernidad. Así como se pensaba que el incremento del PIB iba a reducir la desigualdad, en la década de la mujer de 1976 a 1985<sup>2</sup>, se asumió que lo mismo pasaría con las condiciones de la mujer (Ver cita). Desafortunadamente no solo que esto fue erróneo, sino que devino en la transformación de la idea del desarrollo en maldesarrollo para la mujer. El acceso a bienes comunes que las mujeres tenían, como ríos para obtener agua para lavar y preparar alimentos, se convirtieron en productivos a los ojos del capital solo cuando han sido transformados desde la ingeniería, con represas que permitan su control estatal o privado (Shiva, 1988).

El problema principal radica en lo que se considera “productivo”. La naturaleza, el río, la agricultura, la mujer, no se consideran productivos a menos que generen ingresos o valores de cambio. Por eso también el error de medir a la pobreza extrema por medio de ingresos olvida, o por lo menos no considera, cómo la gente subsiste –las tribus y las mujeres bajo estas condiciones entonces son pobres o más bien empobrecidas–(Shiva, 1988). Esta visión patriarcal hegemónica y antropocéntrica invisibiliza las condiciones necesarias para mantener la vida: la reproducción social garantizada esencialmente por las mujeres y la naturaleza. De ahí la movilización creciente para reivindicar y exigir desde la contrahegemonía, aproximaciones biocéntricas y feministas.

## **Diversidad feminista (de feminismos y cargas)**

---

<sup>2</sup> La Década de la Mujer fue declarada por las Naciones Unidas en 1975 bajo la resolución 31/136 y planteó estrategias de paga equitativa, derechos a la tierra y derechos humanos en 3 encuentros en México, Dinamarca y Kenya.

La lucha feminista europea es una lucha urbana de mujeres buscando reingresar a la fuerza laboral remunerada en iguales condiciones que los hombres. Con el advenimiento del neoliberalismo y la reducción de gasto público en beneficios sociales como educación y salud, las mujeres buscan también aportar económicamente con valores de cambio. Sin embargo, esto no disminuye su participación en el trabajo doméstico. Jaime Breilh declara que el neoliberalismo crea una triple carga para la mujer, añadiendo al trabajo doméstico y reproductivo, la inserción en el trabajo asalariado o remunerado (Breilh, 1991). En 1986, Durán se refiere a esta situación como “la jornada interminable” con 50% de mujeres de clases alta y media alta adquiriendo doble jornada de trabajo asalariado y doméstico, mientras que 22 y 19% de las mujeres de la clase media y baja tenían doble jornada respectivamente (Durán, 1986). Un análisis realizado por la Organización Internacional del Trabajo muestra que de 1995 a 2015 la brecha de género en el trabajo asalariado se ha reducido insignificativamente y lo atribuye primordialmente a la poca redistribución del trabajo doméstico (OIT, 2016).

La calidad del trabajo también ha sido diferente entre clases. Las mujeres de clase alta acceden a trabajos asalariados mientras las mujeres de clase baja realizan actividades informales. Rita Segato hace énfasis en que, en Latinoamérica, las nuevas guerras se batallan en la informalidad (Segato, 2014). Esto porque en la globalización del capitalismo se repiten las características más violentas de la acumulación originaria en la que nuevamente tenemos expulsión del campesinado de la tierra (sin dinero o tierras para cambiar por dinero) y la degradación del rol de la mujer. En muchos casos, son mujeres campesinas las que llegan a las áreas periféricas de la ciudad donde se ubican los botaderos (zonas de sacrificio) y, son ellas, sus hijas y nietas las que se convierten en recicladoras; en otros casos, luego del desplazamiento interno (por guerra o pobreza) las mujeres y sus hijos se convierten en habitantes de calle en ciudades que las expulsan como trabajadoras “informales” del reciclaje a pie de vereda; y finalmente un grupo de mujeres (desplazadas del campo a la ciudad) narran que fueron regaladas a familias de clase media alta para trabajar en tareas de limpieza y cuidado sin remuneración. A esta condición la denominan “empatronamiento” y reivindican que fue el trabajo en reciclaje el que les permitió liberarse de esta especie de esclavitud consentida por su familia de origen.

Al ser la naturaleza considerada como no productiva, como señala Shiva, el reciclaje se relega al tercer acápite de Vogel en que la mujer es nuevamente la que tiene que hacerse cargo del cuidado y limpieza de la Tierra, ya no en el campo sino en este nuevo ambiente construido en que la basura se recupera (Shiva, 1988), es decir, una vez más las mujeres (pero no todas las mujeres), las mujeres que fueron desplazadas de sus territorios, a las que se separó de los medios de producción y cuya fuerza de trabajo ha sido apropiada como empleo informal, son estas las mujeres que se hacen cargo del trabajo de *reproducción social y limpieza de los metabolismos urbanos*.

Esta situación de informalidad en el trabajo de reciclaje se multiplica a nivel mundial. En 1972, la asociación de mujeres empleadas del sur (SEWA) se creó en la India con el objetivo de apoyar a mujeres trabajando en diferentes sectores de informalidad. Rema Nanavaty, secretaria de SEWA, en una entrevista con el centro para desarrollo global (CGD) dijo: “La pobreza es violencia con el consentimiento de la sociedad”. Ella argumenta que la violencia de la pobreza y de la informalidad está relacionada a la explotación y a una mayor vulnerabilidad (Nanavaty & Mirchandi, 2017). En la India, 94% de las mujeres trabajan en sectores no reconocidos e informales. Acompañadas de SEWA, en 1992 se conformó el sindicato Kagad Kach Patra Kashtakari Panchayat (KKPKP) en Pune en el que un grupo de mujeres relevan a sus hijos de actividades de reciclaje informal para que puedan ir a la escuela y se convierte en una de las asociaciones de reciclaje más fuertes del país y el mundo (Samson, 2009).

En este texto revisamos con mayor profundidad los casos de Colombia y Ecuador y cómo la triple carga tiene ahora incluso nuevas cargas, como la etnia, la edad, la orientación género diversa, las capacidades diferentes, las enfermedades crónicas y las transmisibles. La etnia, por ejemplo, es una variable relevante entre quienes se encargan de los procesos de excreción a nivel mundial. En Cairo, por ejemplo, una etnia cristiana, finalmente llamados los zabaleen (gente de la basura), ha sido la responsable del manejo completo de residuos sólidos de la ciudad.

Las políticas de despojo y privatización intensificadas a partir del neoliberalismo, no solo que han sido responsables de la cronificación de la pauperización en grupos sociales históricamente excluidos, sino que además ponen en peligro la reproducción de la vida misma, humana y no humana. Es así que la lucha contra el neoliberalismo como expresión del capitalismo, es también una lucha por la liberación de la mujer y por la reivindicación de los derechos de la naturaleza.

Las mujeres vivimos el capitalismo como una sociedad de opresión en la que la praxis de la economía feminista debe ser también emancipadora (Federici, 2010). Rita Segato resalta que hay alternativas al feminismo eurocentrista de Simone de Beauvoir que se riega también hoy en día en las urbes latinoamericanas. Segato propone atender y potenciar a otros feminismos. Desde su trabajo con comunidades indígenas en Brasil y campesinas centroamericanas que se decepcionaron de los hombres junto a quienes luchaban en contra de las dictaduras, Segato asegura que en la América Latina rural tenemos un feminismo que busca primero el bien comunitario y la solidaridad, por encima del bien personal como mujeres (Segato, 2019).

Es así también que el ecofeminismo del movimiento reciclador latinoamericano, con referentes como Nohra Padilla en Colombia y Mónica da Silva en Brasil, ha optado por asociaciones que, desde la ecología política y la economía popular y solidaria, reivindican los derechos colectivos y sociales de su gremio poniendo una importante distancia con los enfoques que recaen en la mercantilización de la basura en complicidad con el sistema capitalista que propició su producción y reproducción (Samson, 2009).

Así como Federici pone en el centro a la bruja de la Tempestad de Shakespeare en su obra *El Calibán y la bruja*, los autores de este documento ponemos a las recicladoras en el centro de nuestra reflexión teórico política. Las recicladoras como brujas, han retornado a las ciudades para revertir las tres dimensiones de la acumulación originaria de capital. Las recicladoras retornan para reterritorializar los espacios sacionaturales de los que históricamente fueron segregadas, para exigir su derecho al acceso a los medios de producción que les permita garantizar su reproducción material a través del oficio del reciclaje y, finalmente, para demandar el reconocimiento de su oficio no como un empleo “informal” sino como una conquista social y ecológica. Pero además, el trabajo de las recicladoras en las ciudades, por un lado, posibilita la reproducción material de las recicladoras y sus familias, y por otro garantiza la *reproducción material, social y la limpieza de los metabolismos urbanos*.

Las mujeres recicladoras: niñas, adolescentes, jóvenes, adultas y adultas mayores; indígenas y mestizas; de orientaciones género diversas; con capacidades especiales o diferentes; con enfermedades crónicas y transmisibles, todas ellas han sido históricamente sometidas por el capital, y aun hoy en día lo resisten, se organizan, luchan, batallan. Este texto recoge las historias de su cacería (por el Estado, las instituciones privadas, los consorcios de limpieza, las falsas soluciones de ecología de la ecoeficiencia, la población que las denigra) y narra cómo, con su lucha cotidiana, no solo que escapan, sino que trascienden.

#### **4. Estudio cualitativo testimonial**

## *Hallazgos y reflexiones*

### **Las voces de las mujeres recicladoras de Ecuador y Colombia**

La apuesta honesta por la construcción popular y colectiva del conocimiento, implica reconocer la riqueza del diálogo teoría-praxis-teoría, y es así como se construyó este texto. Como resultado de esa aproximación dialéctica, el marco interdisciplinario y la propuesta teórica con la que iniciamos se ha nutrido de la narrativa de 42 mujeres quienes, desde su historia y reflexiones, nos han permitido enriquecer, descartar y ampliar ciertas propuestas teóricas, así como también formular nuevas.

Los testimonios corresponden a mujeres recicladoras de diversos territorios. Entendiendo el territorio como historia y espacio social, el grupo de relatos de cada ciudad permitió una lectura de los procesos de conflictividad social, organización y resistencia en Bogotá, Quito, Cuenca, Portoviejo, Manta, Coca y Lago Agrio. A continuación, y en un ejercicio de sistematización, presentamos los hallazgos más significativos a partir del análisis de los relatos de las recicladoras.

- Existen tres tipos de testimonios. Los primeros corresponden a mujeres que habitan las periferias, territorios que fueron transformados en zonas de sacrificio por la instalación de sistemas de disposición final de residuos (rellenos sanitarios o botaderos a cielo abierto). Con la imposición inconsulta de estos sistemas de disposición final, las mujeres y sus familias relatan que se vieron obligadas a dejar la economía campesina para convertirse en familias de recicladores y recicladoras. En estos testimonios están presentes con mucha fuerza dos condiciones: la ausencia de consulta previa, libre e informada para la instalación de los sistemas de disposición final y el incumplimiento de los principios precautorio y de reparación integral. La instalación de los sistemas de disposición final en la mayoría de los casos se realiza mediante acuerdos privados entre el Estado y los dueños de los predios (generalmente hacendados que se benefician de la venta sobrepreciada de sus terrenos) pero de espaldas a las comunidades. A su vez, los relatos ponen en evidencia la magnitud de los impactos ambientales y sociales nocivos que han sido amortiguados durante décadas por estas comunidades, sin que existan planes o programas de mitigación y menos aún de reparación integral. Y peor aún, son estas comunidades las que deben probar los impactos nocivos, en lugar de que el Estado, aplicando el principio precautorio, garantice la inocuidad de las tecnologías empleadas antes de implementarlas. En este caso, generalmente se configura el oficio de reciclaje alrededor del sistema de disposición final de residuos, es decir, las recicladoras están expuestas a la contaminación ambiental en tres niveles: doméstico, laboral y ecosistémico.

*Aquí vivíamos y, como hace 25 años, vino el relleno sanitario. Al inicio, nosotros no queríamos el relleno porque muchas personas decían que, con tanta basura iba a contaminarse todo. La gente decía que vendrían las ratas, las plagas, pero como los de la EMAC compraron los terrenos de las dos haciendas, ya con eso instalaron el relleno sin consultarnos. En la venta de las tierras, primero vendió la familia del señor Álvarez Pesantez, esos eran los terrenos donde ahora está la planta de biogás. Después de pocos meses, se vendió la hacienda que queda a la vuelta, y que era propiedad de Santiago Ambrosio. A partir de eso, comenzaron a venir los carros de la basura. Nos juntamos las dos o tres comunidades afectadas para no dejarles entrar, pero nos ganaron porque ya habían comprado las tierras. La junta parroquial había firmado un convenio y había*



*cogido su parte. Ahí dentro de lo que estaba en el convenio, nos dieron esta planta de reciclaje para poder trabajar (María Nugra, Cuenca, diciembre 2018).*

- Un segundo grupo de recicladoras incluye tres subtipos

(1) Mujeres y sus familias que vienen de procesos de desplazamiento interno por violencia armada, pobreza campesina, empobrecimiento agrario, abandono.

*Yo nací en una familia de recicladores. Mi papá y mi mamá son una familia que viene de otros lugares del país en un proceso de desplazamiento por la violencia que comenzó más o menos en los años 45, por la época de violencia cruda en Colombia. En ese momento, hubo millones de desplazados en el país y empezó una guerra muy dura. Primero estaba una guerra entre partidos políticos, luego la guerra entre los partidos y la guerrilla, y es que desde esa época se han venido conformando unas 10 guerrillas en todo el país. De ahí se instauraron unos grupos de paramilitares que son parte de los gobiernos de los diferentes partidos. Entonces la gente empieza a salir de los campos porque llegan a quitarles las tierras, llegan los diferentes grupos a reclutar a sus hijos. Mi papá decide venirse más o menos de la zona de Boyacá (al norte de Bogotá) y mi mamá viene de la zona de los llanos orientales que fue donde la violencia estuvo más crítica (Nohra Padilla, Bogotá, diciembre 2018).*

(2) Niñas y adolescentes campesinas que son regaladas, vendidas o entregadas a familias urbanas pudientes, para servir de empleadas domésticas, condición que fue descrita en uno de los testimonios como *empatronamiento*. Las niñas que eran entregadas a cambio de comida, vivienda y vestido, debían trabajar sin pago en las tareas que se les asignasen, que por lo general eran de limpieza, cocina, lavado y cuidado de menores (aunque muchas veces en las narrativas de las recicladoras se denuncia que el empleo doméstico ocultaba una realidad de abuso sexual por parte de los jefes o patrones). En estos casos, el reciclaje constituía una salida de autonomía laboral frente a la explotación de trabajos precarizados y violentos.

*Yo me quedé al cuidado de mi abuela, mientras que a mi hermano lo llevaron empatronado a Cuenca para que trabaje como obrero. En cambio, a mí me llevaron empatronada a Quito, para trabajar en quehaceres domésticos. Tuvieron que pasar 18 años para volverme a encontrar con mi hermano. La persona que me vendió fue un vecino, él aprovechó que me quedaba en casa sola cuidado los borregos... Al llegar a Quito solo estaba la señora donde me dejaron para que haga las tareas domésticas. En esa casa me enseñaron a trabajar, ellos me hacían cuidar a una bebé, lavar la ropa, arreglar la casa de la señora y cocinar. Cuando ya fui creciendo, el dueño de la casa empezó a meterse a mi cuarto para violarme por las noches. Yo atrancaba la puerta para que él no entre, pero de alguna forma terminaba dentro de mi habitación. Para evitar que me violara, yo sabía esconderme debajo de la cama, o también dormía debajo del lavabo o en el garaje. Él me decía que no le cuente a su mujer porque ella me pegaría y me echaría de la casa. Cuando ya crecieron los hijos de la señora también querían tener relaciones sexuales conmigo y yo les pegaba, los pateaba y ellos se quejaban con la señora. Ella nunca me creyó, decía que era mentira, una vez me pegó con un sartén sacándome dos dientes. A partir de entonces no volví a decirle nada sobre ese tema y me quedé un año más. (Asunciona Torres, Cuenca, diciembre 2018).*

(3) Habitantes de calle que generacionalmente han vivido del reciclaje como consecuencia de la violencia y el abandono Estatal. Estas mujeres, en la mayoría de los casos, encontraban una alternativa económica autónoma en el reciclaje a pie de vereda.

*Cuando vinimos de Pereira a reciclar acá a Bogotá, vivíamos en la calle, nos metimos en un cambuchito al frente del palacio de los deportes de la carrilera del tren, entonces*

*de ahí seguimos subsistiendo. Vivir en la calle y reciclar es horrible porque nosotros recogíamos el reciclaje y mi mamá respondía por siete hijos y todos reciclábamos y vivíamos en la calle. Bueno teníamos para pagar una pieza este día sí, al otro día no. Entonces muchas veces teníamos que dormir en la calle, pedíamos dinero, cocinábamos en la calle, hasta sacando comida de la basura para comer, para subsistir. Es duro vivir en la calle, es duro, duro, duro (María Elsie Álvarez, Bogotá, diciembre 2018).*

- Un tercer grupo de testimonios está formado por recicladoras que trabajaron generacionalmente en botaderos a cielo abierto y que, en la transición de estos vertederos hacia rellenos sanitarios, fueron expulsadas de su oficio sin ninguna consideración ni alternativa. Fueron tratadas como *basura humana*, como *brujas*. Las expulsaron con violencia, quemaron sus medios de transporte (zorros y triciclos) así como el material que recuperaban. Ante el desalojo forzado en nombre de las tecnologías de enterramiento de residuos, debieron insertarse en procesos de reciclaje a pie de vereda para sobrevivir.

*Todo cambió hace un año casi dos, cuando nos sacaron del basural para construir unas piscinas para enterrar la basura. Cuando construyeron el relleno nosotros entrábamos a escondidas para trabajar. Parecíamos ladrones porque entrábamos a escondidas de los guardias y si uno de ellos nos encontraba, llamaban a la policía o a los municipales, entonces teníamos que reciclar con cuidado. Cuando los perros ladraban era una señal de que ingresaban carros al lugar y debíamos escondernos... Reciclar en la piscina era una situación desagradable porque nos quitaban el material y lo quemaban, solo el aluminio y el fierro no incineraban. En ocasiones, para que no nos quemaran el reciclaje, nosotros intentábamos sacar las tulas<sup>3</sup>, pero como estaban muy pesadas no lográbamos subirlas y nos tocaba esconderlas. Una vez le quitaron a Leonela una tula y la quemaron. Desde entonces, apenas teníamos una tula llena, nosotros nos íbamos (Marisol Ávila, Portoviejo, noviembre 2018).*

- Estas lógicas de expulsión y segregación históricas del oficio del reciclaje han devenido en la reproducción del empobrecimiento transgeneracional de familias recicladoras. Se ha configurado así, una suerte de cadena de transmisión de la pobreza y la inequidad como resultado de la ausencia de marcos jurídicos y políticas Estatales que garanticen acciones afirmativas para el cumplimiento de derechos de este grupo social.

*Mi camino en el reciclaje inició con mi madre, ambas trabajamos juntas, luego de un tiempo las personas notaron que era bueno el trabajo y comenzaron a entrar al botadero. Mi mami se llamaba Rosa, ella ya es fallecida, junto con ella subíamos mis hermanas, mi hija y yo. En esa época no había guardias ni orden. Por lo que mi mami entraba a recolectar el material sin problemas, todo lo que recogíamos lo vendíamos a un señor de la Piñonada que ya no existe. Ahora vendemos el material a don Kléver y a don Andrés (Solanda Ávila, Portoviejo, noviembre 2018).*

### **Las cinco caras de la opresión**

- Los testimonios de las recicladoras son quizás la mejor ilustración de las cinco caras de la opresión propuestas por Young (2009).

---

<sup>3</sup> Sacos o costales para cargar los residuos recuperados durante el reciclaje.

(1) La explotación: en tanto se usa su trabajo para producir ganancias, se lo invisibiliza y denigra, pero además no se las compensa de manera justa y en la mayoría de los casos no se las compensa de ninguna manera.

*Hace unos tres años subió el precio del material, porque el kilo de cartón estaba a cinco centavos, el papel a seis centavos, el plástico a tres centavos, algo así. Yo tengo ahí unos reportes con los precios de los materiales, eran bajísimos y nosotros con eso no íbamos a poder vivir. Además, solo teníamos dos días de reciclaje y no teníamos dónde reciclar los otros días. Al mes sacábamos unos 80 dólares, el que trabajaba más cogía 100 al mes y con eso no alcanza para las guaguas que se tiene, siendo la mayoría madres solteras, viudos, viudas, entonces hay que hacer un doble trabajo (Bertha Chalco, Cuenca, diciembre 2018).*

(2) La marginación: la expulsión global de los y las recicladoras que las ha segregado o confinado a una situación social inferior, anulando sus derechos y su reconocimiento social, excluyéndolas.

*Cuando íbamos en la calle, nosotros íbamos en la zorra, recogíamos reciclaje, nos metíamos en la zorra. A mí me gustaba ir en las zorras, lo tomaba como algo divertido, pero en el colegio ya me empezaban era como a molestar. Me decían: “¡Ay, quítese de acá zorrera!”. Entonces, ya me empezaban como a discriminar, era algo pesado. A veces pasábamos por el colegio en la carreta con el material, sea para vender o para llevar a la casa, y pues como me veían los del colegio, me molestaban y yo me sentía incómoda. (Liseth Suspes, Bogotá, diciembre 2018).*

(3) La carencia de poder: la carencia de voz, voto y veto, de participación democrática y representación política, los sinpoder están sometidos por la clase dominante, condenados a recibir órdenes y rara vez tienen la opción de decidir sus propias vidas.

*Los terrenos donde ubicaron el relleno eran de Don Álvaro Pesantez y de Santiago Ambrosi, ellos vendieron y se fueron. Nosotros no queríamos que el botadero venga acá porque sabíamos que las comunidades se iban a contaminar, pero los dueños vendieron sin consultar entonces no podíamos hacer nada. Más bien en eso, el padre Marco Matamoros dijo: “Ustedes con hacer el paro, con reclamar, nada van a sacar. Ustedes tienen que mejorar la comunidad, ahora El Chorro o lo que es la parroquia Santa Ana tiene que mejorar. En las comunidades hay necesitados así que pidan mejoras para las escuelas, las casas comunales, el agua potable (Blanca Vera, Cuenca, diciembre 2018).*

(4) El imperialismo cultural: la obligación de la adopción de la cultura de la clase dominante como la norma en tanto los poderosos controlan la información y la interpretación de la sociedad. (5) La violencia.

## **Las violencias**

- La violencia es una constante en todos los testimonios y aparece en distintos niveles. (1) *La violencia estatal*, que deviene no solo del abandono, la indiferencia, la ausencia de marcos legales y políticas inclusivas y de protección; sino que en algunos casos incluso se expresa en criminalización, persecución y asesinato de recicladores y recicladoras.

*Entonces no solamente se expresaba en la persecución física de matar, quemar carros con la gente adentro, de hacernos presión con la policía, de quitarnos el material, sino que también empezaron a salir leyes de prohibición de recoger el reciclaje, querían*

*criminalizar el reciclaje. Tenían tanto descaro, que llegaron a decir, que los recicladores nos robábamos la basura (Nohra Padilla, Bogotá, diciembre 2018).*

(2) *La violencia social*, expresada en una serie de imaginarios sociales peyorativos, denigrantes y excluyentes hacia los recicladores y recicladoras a quienes se los deshumaniza, se les asigna estigmas sociales y políticos, y por su puesto se los excluye como *humanidad residual: los desechables, los ñeros*.

*Cuando yo ya tuve ocho, nueve años me di cuenta del proceso que mi abuelito hacía, ahí no les decían recicladores, sino que les decían minadores, basureros. Yo me imagino que mi abuelito sufrió el maltrato de muchas personas de la sociedad, como hasta ahora que no toman conciencia los ciudadanos (Laura Guanoluisa, Quito, febrero 2019).*

(3) *La violencia de género*, naturalizada y socialmente aceptada como norma. La construcción social de la recicladora como posesión de su esposo, quien puede golpearla con la legitimidad de una sociedad cómplice que considera a la recicladora como *basurera, como gallinaza*, es quizás una de las denuncias más graves a lo largo de este texto.

*Un día yo estaba trabajando por la Feria Libre y mi marido me vino a agarrar y golpear, llamaron a la policía y me preguntaron si tenía boleta de auxilio. Yo saqué la boleta, pero él me la arranchó y frente a los policías se la tragó. Ahí les dijo: “A ver llévenme, esa es mi mujer y yo a mi mujer puedo hacerle lo que yo quiera”. Yo le decía que él no es mi papá para que me pegue, pero él respondía: “Yo soy más que tu papá y puedo botar matándote si yo quiero, tú no tienes ni familia que te reclame porque no tienes ni familia quien te quiera (María Aurora, Cuenca, diciembre 2018).*

(4) *La violencia económica*, que permite y posibilita la violencia social y la violencia de género. Las mujeres recicladoras en tanto trabajadoras precarizadas que no son dueñas de absolutamente nada más que de su fuerza de trabajo, se ven atadas a relaciones de pareja violentas y a la aceptación pasiva de la violencia social.

*Con mi esposo, la verdad nosotros teníamos mala vida. Al final él se fue con otro compromiso, además él me maltrataba entonces yo busqué la mejor opción y me separé... Así cuando yo trabajaba, me decía: “¿Dónde está el dinero?”. Él ahora es albañil, pero ya no aporta nada, no le apoyó ni a mi hija que aún no cumplía la mayoría de edad, por suerte ahora ella ya es casada (Margarita Oyagata, Quito, febrero 2019).*

### **La importancia de la organización**

- Frente a estas expresiones de violencia, se reivindica la importancia de que los Estados reconozcan, a nivel jurídico y político, los derechos de los y las recicladoras a la permanencia en el oficio, al acceso cierto y seguro al material, el derecho a condiciones materiales que posibiliten el ejercicio real del reciclaje y finalmente el derecho a ser remuneradas por el oficio.

*Esta asociación ha sido buena porque uno organizándose puede recibir muchos beneficios, a diferencia de trabajar solos, tenemos respaldo y defendemos nuestros derechos. No es lo mismo defender los derechos de uno que de un grupo de personas, podemos defendernos como recicladores y así podemos luchar por nuestra permanencia y los beneficios de remuneración por nuestro reciclaje (Ana Elizabeth Cuervo, Bogotá, diciembre 2018).*

- La importancia de la garantía de condiciones materiales es una demanda esencial del gremio, y es que, sin condiciones materiales, los marcos jurídicos y políticas públicas se convierten en retórica discursiva. El oficio de las recicladoras requiere, como parte del ejercicio de justicia social y ambiental, que las acciones afirmativas incluyan: la legalización de la tenencia de la tierra en la que se encuentran los centros de acopio, centros de acopio de propiedad asociativa o gremial de las organizaciones de recicladoras (bien común o comunitario), medios de transporte para el material reciclado, medios de producción para la clasificación, empaquetado y procesamiento del material reciclado.

*Aquí todos los que trabajamos estamos afiliados y tenemos los beneficios de ley. El dinero que viene del Municipio y de los materiales de recolección va todo a la cuenta y mensualmente todos tenemos nuestro dinero. Todos los empleados tienen décimo, vacaciones, fondos de reserva, todos los beneficios de ley. Con las utilidades que tiene la empresa tomamos la decisión de comprar el camión porque los triciclos no abastecían. Además, muchas compañeras se enfermaron por los triciclos y por eso pensamos en el camión. Hemos comprado también la máquina prensadora, un montacargas, balanzas, compramos el terreno y así vamos invirtiendo (Palmira Jeovariz Mina, Francisco de Orellana, marzo 2019).*

- El logotipo de la Red Latinoamericana de Recicladores y Recicladoras tiene el dibujo de un zorro (carreta de madera que es halada por los recicladores y recicladoras para llevar el material recuperado). Muchas de las recicladoras en sus relatos reivindican la importancia del zorro en sus vidas como recicladoras, se refieren al zorro como su pareja, como el que posibilita el ejercicio real del oficio, como el que da de comer, como el que hace la diferencia entre sobrevivir y vivir con dignidad. El zorro, sin lugar a dudas, es una representación simbólica de la lucha por la garantía de condiciones materiales que dignifican el oficio del reciclaje de base.

*Y pues para mí el zorro es todo. Porque sin el zorro no cargamos, ¿Cómo traemos? No, terrible. Hay un dicho que decimos las recicladoras: “El zorro es nuestro segundo marido”. Porque es el que nos ayuda a traer el diario. Entonces las que no tienen marido dicen: “Mire le presento a mi marido”. Porque ese es el que da para comer (Marisol Mogollón, Bogotá, diciembre 2018).*

- Los procesos de organización han sido determinantes en la vida de estas 42 compañeras recicladoras, la organización viene a constituirse en una suerte de *nueva vida*, de una segunda oportunidad para erradicar las cinco caras de la opresión: la explotación, la marginación, la carencia de poder, el imperialismo cultural, así como las diversas expresiones de violencia.

*Mi mamá y mis tíos fueron recicladores porque mi abuelita fue recicladora. Todos los que viven en este barrio fueron recicladores porque el botadero a nosotros nos quedaba a cinco cuadras. Entonces vengo de un barrio y una familia de recicladores, y esto me ha dado la oportunidad graduarme hace tres años. Ahora llevo la contabilidad de las organizaciones y eso me ha ayudado muchísimo (Maritza Espinoza, Bogotá, diciembre 2018).*

- Las recicladoras que forman parte de una organización social adquieren mejores condiciones laborales en su oficio, dejan de ser explotadas, excluidas, segregadas, enfrentan los estigmas sociales y políticos que las excluyen, recuperan su voz y

representación política, la exigibilidad de sus derechos y logran salir de sus historias de violencia.

*Uy no, ser parte de la asociación, eso fue una transformación muy elegante, es una transformación muy elegante. Mire a mí me gusta hablar así: “Es como cambiarse uno de ropa y oler otra vez rico y volver a la sociedad que lo había abandonado a uno.” Eso es una alegría, eso es un cambio muy elegante, esa es una elegancia de esas buenas para qué. De mi parte yo le agradezco a mi Dios y a las compañeras de la organización (María Elsie Álvarez, Bogotá, diciembre 2018).*

- Muchas de las recicladoras organizadas, lideresas, representantes de sus asociaciones o gremios, han salido de relaciones violentas, se han formado laboral y políticamente, han construido centros de acogida y apoyo para otras mujeres víctimas de violencia de género, para sus hijos e hijas. Estas mujeres ya no aceptan la violencia de género como normal, tampoco aceptan la violencia social y política. Muchas de ellas ahora mantienen relaciones de pareja sanas y nutritivas, lo que nos lleva a pensar que el proceso de formación política, favorece también el empoderamiento en las relaciones personales, familiares y no solamente en las gremiales.

*Mi marido nunca, nunca me dijo no te vayas a las reuniones, no te vayas a los talleres, él me decía: “Ándate, sigue adelante”. En comparación de los 10 años que estuve con mi exmarido a los años que he estado con mi segundo esposo, ahora he tenido paz, he podido capacitarme, me he fortalecido, he podido capacitar a mucha gente y he podido ayudar al resto de recicladores del sur (Elvia Pisuña, Quito, febrero 2019).*

### **Las cargas: ser mujer y ser recicladora**

- De todas formas, las mujeres recicladoras relatan una sobrecarga de trabajo no remunerado. Sobre ellas recae no solo el trabajo doméstico no remunerado, sino que el oficio del reciclaje tampoco es, en la mayoría de los casos, remunerado. Como ya lo hemos fundamentado anteriormente, el reciclaje es al mismo tiempo trabajo reproductivo y productivo, en tanto garantiza la limpieza y la provisión de materia prima para las sociedades. La mayoría de los relatos exponen el peso de la sobrecarga laboral en condiciones de precarización del empleo y de la vida, lo que demanda jornadas exhaustivas de trabajo que dejan unos ingresos mínimos y que se consiguen a costa de la exposición a muchos procesos destructivos de la salud y la vida (materiales peligrosos, tóxicos, violencia, itinerarios extremos de trabajo, etc.).

*Mi mamá murió de 48 años, ella trabajó muchos años en el reciclaje. Y cuando se murió y la despedimos, uy, ella parecía una mujer de 60. El sol, la lluvia, el viento, vivir en la calle, se acaba uno, se acaba uno mucho. Por ejemplo, yo fui a una cita con una doctora dermatóloga y me vio la cara y me dijo: “Es por mucho sol”, a la piel le daña mucho el sereno, todo eso le daña a uno mucho la piel. Mi madre luchaba por nosotras, hasta un año antes de morir, ella reciclaba aun y ya después no pudo reciclar más y vino a trabajar acá en la bodega. Pero para ella fue muy duro porque llegar a una ciudad diferente, vivir en una piecita que era una cosita diminuta con nosotras, fue difícil (Paula Vargas, Bogotá, diciembre 2018).*

- A esto se suma la complejidad de trabajar junto con el ejercicio de la maternidad, especialmente durante el embarazo y los primeros años de vida de los hijos e hijas. En estos relatos, la crianza de los niños y niñas coexiste con el oficio del reciclaje, y el oficio se transmite generacionalmente como opción de vida. El reciclaje ha permitido

la reproducción de la vida de estas familias, ha garantizado el sustento material, la organización social, la recuperación de la dignidad y la revalorización de la vida.

*Mi hijo mayor es Andrés, luego sigue Jorge, después Amado, Pato, Junior y la última, Paola que me ha dado guerra por cinco. Yo les digo a mis hijos: “No sigan mi ejemplo, mientras más hijos más pobreza”. Además, llegar al matrimonio a estas alturas es una lucha diaria, no todas las mujeres aguantamos a los hombres que son un parásito al lado. De pequeña iba al botadero junto con mi madre a recolectar materiales para el reciclaje, ella llevaba a sus hijos y al igual que ella, lo hice yo. Mi hijo Andrés se crió en la basura y desde niño le gustaba trabajar, fue mi hermano quien lo acogió como mano derecha y le enseñó lo que ahora sabe (Aida Bermello, Portoviejo, noviembre 2018).*

- Las mujeres recicladoras aman el reciclaje, aman ser recicladoras, se sienten orgullosas de su oficio y saben que, es el reciclaje el que ha posibilitado y garantizado condiciones materiales mínimas para vivir, algunas veces dignamente y en otras ocasiones sobrevivir. Pero también saben que gracias al reciclaje han recuperado su derecho a tener voz, voto y veto, así como su derecho a ser parte tener parte y tomar parte.

*Yo siempre seguí trabajando en el reciclaje porque era lo único que me gustaba hacer, además yo saqué a mi familia adelante con lo que yo reciclaba. Si yo tuve un plato de comida para mi familia era de lo que yo reciclaba. Entonces cuando mi marido me dijo que ya no siga reciclando, sino que me busque otro trabajo, yo le decía que no, que yo me he de morir reciclando. Yo le dije que a mí me gusta ser recicladora, que me siento orgullosa de ser recicladora y que yo aquí me he de morir (Juana Iza, Quito, febrero 2019).*

- Muchas recicladoras hoy en día, aún están muy lejos de percibir el salario básico, sin seguridad social ni derecho a la salud. El embarazo y el parto suelen tener cobertura de los paquetes mínimos de asistencia del sistema público de salud, especialmente para aquellas que son habitantes de calle. Sin embargo, el derecho a la salud es una utopía lejana para las recicladoras del mundo. Cual paradoja, mientras las recicladoras, con su trabajo intentan reparar los metabolismos sociales malsanos, y para ello se exponen a procesos altamente nocivos para su salud y vida, los Estados han sido incapaces de garantizarles condiciones mínimas de salud laboral.

*Nosotras íbamos y trabajábamos con él en El Cartucho, pero mi papá se fue deteriorando porque sus pulmones no quedaron bien y cuando iba a cumplir 50 años, se puso mal. Pasó cuatro o cinco años en el hospital y el hospital era gratis pero las cosas que le pedían no, estaba su sistema pulmonar muy deteriorado y lo que necesitaba tenían que traerle de otro país. Estábamos nosotros muy empobrecidos porque si mi mamá vendía una vaca o un marrano era para pagar los aparatos o para pagar las medicinas y nosotros nos íbamos a conseguir la comida y el material para tener como sobrevivir. Mi mamá todo lo que podía conseguir de plata de la venta de los animales era para pagar las cosas que necesitaba mi papá. Mi papá no logró superar la situación y murió muy joven (Nohra Padilla, Bogotá, diciembre 2018).*

- Muchas recicladoras, hoy en día, ya son adultas mayores y durante décadas han entregado su fuerza de trabajo, su salud y su vida para “limpiar el mundo con sus manos”. Las recicladoras adultas mayores: bisabuelas y tátara abuelas, se ven enfrentadas a la imposibilidad de contar con el derecho a la jubilación, seguridad social ni acceso gratuito a salud. Han nacido y morirán sin tener ninguna propiedad más allá de su fuerza de trabajo y quizás, con suerte, un zorro o triciclo. El reciclaje

les permitió sobrevivir y soñar, soñar que ojalá, para sus nietas, bisnietas y tataranietas —también recicladoras, también brujas—, los tiempos sean mejores y que sea la organización y la resistencia la que logre vencer el dominio del capital por sobre la vida digna...

*Como a uno le ven viejo ya no le dan trabajo, y como yo siempre he reciclado, no sé hacer otra cosa. Para mí el reciclaje es bueno en varios sentidos, el primero es que uno no se queda en ayunas porque lo que uno recicla es comerciable, no es como si uno vende empanadas o arepas porque se puede comer las ganancias. El reciclaje es una cosa que uno puede aprovechar el 100%. Con el reciclaje saqué a mis hijos adelante, tengo mi casita en obra negra pero ahí la tengo. Hice que una de mis hijas sea profesional porque ella ya es ingeniera. Yo sigo reciclando porque no quiero ser una carga para mis hijos, además ya siendo viejita, por lo menos uno recicla para tener su vida. Esta es mi historia, yo reciclo. A mí me nombraron como representante de “Las Marías” una asociación de reciclaje, se llama así porque así se llamaba el barrio donde se fundó y también porque en nuestra asociación hay muchas viejitas que se llaman Marías (Ana Elizabeth Cuervo, Bogotá, diciembre 2018).*

## 5. Conclusiones

Quizás la primera y más importante reflexión teórico política de este texto radica en la fuerza con la que posicionamos y fundamentamos que la basura no es, ni puede ser considerada como mercancía, sino que debe ser comprendida como resultado final de un proceso de metabolismo sociedad naturaleza fracturado, malsano, que lejos de reincorporar los residuos orgánicos e inorgánicos para limitar y reducir los procesos de extracción primaria de recursos, los transforma nocivamente para ser inaprovechables y luego los concesiona, entierra, coprocesa o incinera.

En este sentido, la privatización o mercantilización de la basura únicamente consigue la agudización de estas contradicciones ecológicas, económicas y sociales en tanto fomentan metabolismos lineales en los que la fórmula: “a más basura, más dinero”, por un lado desplaza a millones de familias recicladoras que recuperan materiales de la basura para dotarlos nuevamente de valor de uso y valor de cambio; y por otro lado, sostiene un modelo económico fundado en la extracción sin límites, en la producción nociva, el consumo excesivo e irresponsable, las obsolescencias (programadas y percibidas) y el descarte desenfrenado.

Siguiendo este argumento, nuestra segunda reflexión radica en la importancia de reivindicar a los y las recicladoras del mundo, organizadas y no organizadas, como actores comunitarios y no como sujetos privados. Los y las recicladoras del mundo han sido un grupo históricamente excluido, segregado y desplazado, han sido expulsados de las ciudades hacia las periferias en las que se han instalado verdaderas zonas de sacrificio con la presencia de diversos sistemas de disposición final de residuos (basurales, incineradores, rellenos sanitarios), han sido desplazados de sus empleos y despojados de los medios de producción.

Frente a esto, los y las recicladores del mundo retornan a las ciudades y es a través de su oficio, que reivindicar sus derechos al reconocimiento de la legalidad y legitimidad de su presencia en las ciudades como recicladores y recicladoras de base. Inicialmente desde los vertederos, la lucha es primordialmente territorial. A falta de propiedad de la tierra, medios de producción o trabajo formal reconocido, los y las recicladoras territorializan el vertedero como un espacio común, organizado, en el que forman comunidad y se benefician comunamente, surge entonces el posicionamiento de la basura como bien común (la basura como commons).



Sin embargo, los desplazamientos son continuos, no solo de campo a ciudad en las periferias y vertederos, sino también de vertederos a la intemperie. El cierre y clausura de vertederos con la consecuente expulsión de los y las recicladoras los ha obligado una vez más a llegar a las calles a seguir buscando sustento. En estos procesos de desplazamiento, las recicladoras y sus familias son discriminadas y maltratadas, señaladas como basureras y gallinazas y legalmente criminalizadas por Estados que han definido que los recicladores y recicladoras “roban” la basura constitutivamente propiedad del Estado.

Así, como el vertedero se transformó en un bien común, las recicladoras exigen que la basura también debe serlo. En Colombia tuvieron que tomar acciones legales para que en lugar de propiedad sea responsabilidad del Estado. A este suceso le siguen las continuas luchas del movimiento reciclador para que los beneficiarios de esta revalorización sean los y las recicladoras por la deuda histórica (social y ecológica) que los Estados tienen con ellos. De esta forma exigen el acceso cierto y seguro al material de reciclaje como valor de uso no privatizable y de propiedad comunitaria del gremio reciclador y de su derecho a ejercer el oficio con la garantía de condiciones materiales dignificantes que lo posibiliten en forma y realidad.

## 6. Citas Bibliográficas

- Alimonda, H. (2007). La ecología y el socialismo en el siglo XXI. En *Memorias del Curso de Ecología y Socialismo*. Quito: Instituto de Estudios Ecologistas del Tercer Mundo.
- Aparcana, S. (2017). Approaches to formalization of the informal waste sector into municipal solid waste management systems in low- and middle-income countries: Review of barriers and success factors. *Waste Management*.  
<https://doi.org/10.1016/j.wasman.2016.12.028>
- Bauman, Z. (2004). *Wasted lives : modernity and its outcasts*. Oxford: Polity.
- Breilh, J. (1991). *La triple carga; trabajo, práctica doméstica y procreación: deterioro prematuro de la mujer en el neoliberalismo*. Quito: CEAS. Recuperado de <http://repositorio.uasb.edu.ec/handle/10644/3554>
- Budlender, D., & UNRISD. (2008). *The statistical evidence on care and non-care work across six countries*. United Nations Research Institute for Social Development. Recuperado de [http://www.unrisd.org/80256B3C005BCCF9/\(httpAuxPages\)/2DBE6A93350A7783C12573240036D5A0](http://www.unrisd.org/80256B3C005BCCF9/(httpAuxPages)/2DBE6A93350A7783C12573240036D5A0)
- Bullard, R. D. (Robert D. (1994). *Unequal protection : environmental justice and communities of color*. Sierra Club Books. Recuperado de [https://books.google.com.ec/books/about/Unequal\\_Protection.html?id=Kp4NAAAAYAAJ&redir\\_esc=y](https://books.google.com.ec/books/about/Unequal_Protection.html?id=Kp4NAAAAYAAJ&redir_esc=y)
- Chant, S. (2008). The ‘Feminisation of Poverty’ and the ‘Feminisation’ of Anti-Poverty Programmes: Room for Revision? *The Journal of Development Studies*, 44(2), 165–197. <https://doi.org/10.1080/00220380701789810>
- Chen, M. (2012). The Informal Economy: Definitions, Theories and Policies. *World Development*. [https://doi.org/10.1016/0305-750X\(94\)90141-4](https://doi.org/10.1016/0305-750X(94)90141-4)
- Commoner, B. (1973). *The Closing Circle: Confronting the Environmental Crisis*. Cranfield Library - 502.5 COM.
- Durán, M. Á. (1986). *La jornada interminable*. ICARIA Editorial. Recuperado de

- <http://digital.csic.es/handle/10261/98585?locale=en>
- EIU. (2016). *Progress and Challenges for Inclusive Recycling: An Assessment of 12 Latin American and Caribbean Cities*. Recuperado de [https://www.eiu.com/public/topical\\_report.aspx?campaignid=InclusiveRecycling](https://www.eiu.com/public/topical_report.aspx?campaignid=InclusiveRecycling)
- Elson, D. (2017). Recognize, Reduce, and Redistribute Unpaid Care Work: How to Close the Gender Gap. *New Labor Forum*, 26(2), 52–61. <https://doi.org/10.1177/1095796017700135>
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja : mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Traficantes de Sueños.
- Geyer, R., Jambeck, J. R., & Law, K. L. (2017). Production, use, and fate of all plastics ever made. *Science advances*. <https://doi.org/10.1126/sciadv.1700782>
- Hart, K. (1973). Informal Income Opportunities and Urban Employment in Ghana. *The Journal of Modern African Studies*, 11(01), 61. <https://doi.org/10.1017/S0022278X00008089>
- Harvey, D. (2003). *The New Imperialism*. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1007/s13398-014-0173-7.2>
- Harvey, D. (2012). The Creation of the Urban Commons. En *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*. London: Verso, 2012.
- Hultman, J., & Corvellec, H. (2012). The European Waste Hierarchy: From the Sociomateriality of Waste to a Politics of Consumption. *Environment and Planning A: Economy and Space*, 44(10), 2413–2427. <https://doi.org/10.1068/a44668>
- Lerner, S. (2010). *Sacrifice zones : the front lines of toxic chemical exposure in the United States*. MIT Press.
- Linebaugh, P. (2008). *The Magna Carta manifesto : liberties and commons for all*. University of California Press.
- Linzner, R., & Lange, U. (2013). Role and size of informal sector in waste management – a review. *Proceedings of the Institution of Civil Engineers - Waste and Resource Management*, 166(2), 69–83. <https://doi.org/10.1680/warm.12.00012>
- Martínez Alier, J. (2014). *El ecologismo de los pobres. Conflictos ecológicos y lenguajes de valoración*. Editorial Icaria, Barcelona.
- Marx, K. (1974). *Early Writings*. London: Penguin Books.
- McDonough, W.; Braungart, M. (2002). *Remaking the way we make things: Cradle to cradle*. New York: North Point Press. ISBN.
- Medina, M. (2007). *The World's Scavengers : Salvaging for Sustainable Consumption and Production*. AltaMira Press.
- Nanavaty, R., & Mirchandi, R. (2017). “Poverty is a Form of Violence” – International Women’s Day Podcast with Women’s Work Campaigner. Recuperado 13 de mayo de 2019, de <https://www.cgdev.org/blog/poverty-form-violence-international-womens-day-podcast-rema-nanavaty>
- OIT. (2016). *Las Mujeres en el Trabajo, Tendencias*. Recuperado de [https://www.ilo.org/gender/Informationresources/Publications/WCMS\\_457094/lang-es/index.htm](https://www.ilo.org/gender/Informationresources/Publications/WCMS_457094/lang-es/index.htm)
- Ostrom, E. (1990). *Governing the commons : the evolution of institutions for collective action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Razavi, S. (2007). *The Political and Social Economy of Care in a Development Context: Conceptual Issues, Research Questions and Policy Options*. Gender and Development Programme Paper Number 3. UNRISD.
- Samson, M. (Ed. . (2009). *Refusing to be Cast Aside: Waste Pickers Organising Around the World*. Cambridge: Women in Informal Employment: Globalizing and

- Organizing (WIEGO)*. <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>
- Samuel, S. (2019). New Zealand's well-being budget prioritizes happiness over economic gain - Vox. Recuperado 4 de julio de 2019, de <https://www.vox.com/future-perfect/2019/6/8/18656710/new-zealand-wellbeing-budget-bhutan-happiness>
- Segato, R. (2014). Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres. *Sociedade e Estado*. <https://doi.org/10.1590/s0102-69922014000200003>
- Segato, R. (2019). *El Deseo de Pandora*. Anfibia Podcast.
- Shiva, V. (1988). *Staying alive : women, ecology, and survival in India*. Kali for Women.
- Soliz, M. F. (2017). ¿Por qué un Ecologismo Popular de la basura? En *Ecología política de la basura*. Quito: Abya Yala.
- Velis, C. A., & Vrancken, K. C. (2015). Which material ownership and responsibility in a circular economy? *Waste Management & Research*, 33(9), 773–774.
- Vogel, L. (1983). *Marxism and the oppression of women : toward a unitary theory*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Waring, M. (1990). *If women counted : a new feminist economics*. HarperSanFrancisco.
- Wenzel, J. (2018). “We have been thrown away”: surplus people projects and the logics of waste. *Social Dynamics*. <https://doi.org/10.1080/02533952.2018.1481687>
- Williams, R. (1973). *The country and the city*. Oxford: Oxford University Press.
- Wilson, D. C. (2007). Development drivers for waste management. *Waste Management & Research*, 25(3), 198–207. <https://doi.org/10.1177/0734242X07079149>
- Young, I. (2009). Five Faces of Oppression. En *Geographic Thought: A Praxis Perspective* (pp. 55–71). New York: Routledge.
- Zapata, P., & Zapata Campos, M. J. (2015). Producing, Appropriating, and Recreating the Myth of the Urban Commons. En C. Borch & M. Kornberger (Eds.), *Urban Commons: Rethinking the commons*. Routledge.